

BLOQUE IV FILOSOFÍA CONTEMPORÁNEA

El existencialismo. Sartre.

1. El existencialismo.

2. El período fenomenológico de la filosofía de Sartre.

3. El período existencialista de la filosofía de Sartre.

4. El período marxista de la filosofía de Sartre.

1. EL EXISTENCIALISMO

El Existencialismo es un movimiento filosófico que tuvo gran influencia en algunos pensadores de los siglos XIX y XX y que comprende numerosas tendencias, casi tantas como pensadores existencialistas.

Todos los existencialismos coinciden en resaltar el papel crucial de la **existencia**, del individuo único, de la libertad ineludible y la elección personal. El Existencialismo se caracteriza por el énfasis puesto en la existencia individual o concreta y, en consecuencia, en la subjetividad, la libertad y los conflictos o contradicciones de la vida como proyecto único e irrenunciable. Se trata de un movimiento filosófico que trata de fundar el conocimiento de toda realidad (naturaleza, hombre, sociedad, acción, Dios) en la experiencia individual e irrepetible de la propia existencia. Del mismo modo que para el vitalismo la vida, el mundo de la vida, es la centro de la actividad filosófica, para los existencialistas es la existencia y sus modos existenciales.

El punto de partida de la reflexión filosófica es la vivencia existencial que se traduce en la clasificación y descripción detallada de los **modos o categorías de la existencia** a través de los que se revela el sentido específico y la condición peculiar de la presencia del hombre en el mundo. Por tanto, el principal objeto de reflexión de la filosofía es la existencia concreta y los modos o categorías del existir.

Se suele dividir esta corriente o escuela filosófica en tres tendencias fundamentales:

- **Existencialismo negativo:** pesimista respecto de las posibilidades de la existencia humana. Incluye a Martin Heidegger (1889-1976), Karl Jaspers (1883-1969), Jean Paul Sartre (1905-1980).

- **Existencialismo teológico:** optimista respecto de la existencia humana ya que existe un Dios trascendente que garantiza la realización del destino del hombre. Entre sus representantes están Louis Lavelle (1883-1951), René Le Senne (1882-1954) y Gabriel Marcel (1889-1973).

- **Existencialismo positivo:** neutral en sus planteamientos, ni optimistas ni pesimistas respecto de la existencia humana. Entre otros están Maurice Merleau-Ponty (1908-1961) o Enzo Paci (1911-1976).

Entre los filósofos existencialistas, no obstante, existe un núcleo común que los constituye como escuela o corriente contemporánea de pensamiento. Este núcleo abarca tres temas recurrentes:

→ En primer lugar, un decidido interés por los temas y problemas del **ser humano individual** o personal y un desinterés manifiesto por las grandes teorías generales o por los sistemas filosóficos globales, coherentes, acabados y completos.

→ En segundo lugar, una preocupación central por el **sentido y finalidad de la vida humana**, más bien que por investigar verdades científicas o filosóficas relacionadas con otros bloques constituyentes de la experiencia humana (realidad, conocimiento, sociedad, estado, etc.). La experiencia interior, el ámbito de la subjetividad es considerado por el existencialismo más relevante que el ámbito de las proposiciones objetivas, científicas o filosóficas.

➔ En tercer lugar, está siempre presente la reflexión sobre **la libertad personal**, a la que los existencialistas consideran el atributo distintivo y más importante de la existencia.

El pensamiento filosófico de Sartre se puede dividir en tres períodos: fenomenológico y existencialista, marxista. A esto habría que añadir la obra literaria de Sartre, que ejerció a lo largo de toda su vida, así como la actividad periodística que le han convertido en un modelo de intelectual comprometido con los problemas sociales, éticos y políticos de su época.

● **Período fenomenológico:** Tras su estancia en Berlín como becario del Instituto Francés, donde estudió a fondo la filosofía de Husserl, los primeros ensayos filosóficos de Sartre, publicados entre los años 1936-1940, tienen una orientación decididamente fenomenológica. Estos escritos tienen una temática primordialmente psicológica, aunque tales contenidos se tratan desde los supuestos teóricos y el método de la fenomenología. Entre las obras más relevantes de esta etapa de su pensamiento destacan las tituladas *La trascendencia del ego* (1936), *La imaginación* (1939-40), *Bosquejo de una teoría de las emociones* (1939) y *Lo imaginario: psicología fenomenológica de la imaginación* (1940).

● **Período existencialista:** Sin abandonar sus orígenes fenomenológicos, Sartre inicia un cambio de marcha en su pensamiento, que ahora gira hacia el existencialismo. La nueva filosofía e ideología existencialista se anuncia con la novela *La náusea* (1938) y alcanza su punto culminante con la obra *El ser y la nada* (1943), libro que permanece dentro de la influencia de la Fenomenología (se subtitula *ensayo para una ontología fenomenológica*) y que convertirá a Sartre en el más popular y conocido representante del existencialismo. Posteriormente escribirá *El existencialismo es un humanismo* (1946-49), una exposición programática, menos radical y más optimista, de los principios filosóficos e ideológicos del existencialismo.

● **Período marxista:** La obra más relevante de este período es *Crítica de la razón dialéctica* (1960). A partir de esta publicación Sartre adopta plenamente la filosofía marxista y la adapta de forma un tanto artificiosa a los supuestos teóricos del existencialismo, en un intento, acaso fallido, de mantener sus ideas anteriores sobre el hombre y demostrar la compatibilidad entre ambas filosofías, existencialismo y marxismo. La filosofía marxista ortodoxa de su época rechazó las adherencias e inclinaciones individualistas de la síntesis sartriana.

Nos referimos, a continuación, a la visión filosófica contenida en cada uno de estos períodos de la obra de Sartre...

2. EL PERÍODO FENOMENOLÓGICO DE LA FILOSOFÍA DE SARTRE

Esta primera fase del pensamiento filosófico de Sartre está decisivamente influida por el método y las aportaciones del fundador de la Fenomenología. Edmund Husserl (1859-1938), fundador y principal representante de esta importante corriente filosófica contemporánea, intentó hacer de la filosofía no un saber subjetivo sino una ciencia estricta. Toma como punto de partida la “crisis de la ciencia”, la cual, en su opinión, es debida al objetivismo o naturalización de las ciencias positivas ya que han limitado el conocimiento científico a la matematización de los hechos observables y cuantificables. Por tanto, la fenomenología se presenta como una alternativa al positivismo científico.

La filosofía de Husserl pretende ser una ciencia de las esencias, por contraposición a la ciencia de los hechos positivos. El lema de su filosofía es *a las cosas mismas*, con lo que se refiere a la intención de acceder mediante un método adecuado (método fenomenológico) a la intuición de las esencias o intuición eidética. Se trata de una ciencia objetiva que busca la descripción rigurosa y desinteresada de las esencias en cuanto son dadas a la conciencia pura en su ser mismo y sin adherencias ideológicas. La esencia no es para Husserl el significado del concepto o universal que resulta, en sentido lógico o lingüístico, del proceso de abstracción, sino el contenido de verdad del fenómeno una vez que ha sido depurado (reducciones) de los residuos ideológicos que lo oscurecen y de los significados superpuestos que lo contaminan, los cuales han sido incorporados por los supuestos previos o pre-juicios históricos, los símbolos culturales, las creencias, la tradición, el lenguaje natural o, como ocurre con el objetivismo epistemológico, por la exposición exclusiva de las propiedades físico-matemáticas.

El método fenomenológico, que Husserl trató de afinar durante toda su vida, consta de varias etapas (reducción fenomenológica, reducción eidética y reducción trascendental) que conducen a la constitución final de la conciencia pura como órgano de conocimiento del mundo de las esencias. La intención final de la fenomenología es explicar el sentido del *mundo de la vida* (*Lebenswelt*), el mundo originario del hombre, anterior a cualquier división de las ciencias y desde el que estas deben ser fundamentadas. Es un ámbito de realidad al que, según Husserl, la reflexión filosófica ha prestado hasta ahora poca atención a pesar de su riqueza y de constituir la base de toda experiencia individual.

En su primera obra de influencia fenomenológica, *La trascendencia del Ego*, analiza uno de los temas preferidos por la fenomenología de Husserl, la constitución de la conciencia. Este ensayo psicológico es la primera obra de Sartre y fue escrito en 1934, en parte durante la permanencia de Sartre en Berlín, mientras estudiaba la fenomenología de Husserl.

Para Husserl el rasgo más determinante de la conciencia es la intencionalidad, es decir, la propiedad de todo acto de conciencia es estar referido siempre a algo exterior, a un objeto o a cualquier realidad del mundo.

Sartre dirá, de acuerdo con Husserl, que es **la conciencia es intencionalidad**, tendencia a salir hacia algo exterior a ella. Así, la actividad propia de la conciencia se puede comparar a una fuga, a una salida o exteriorización de la conciencia más allá de sí misma hacia el objeto.

Sin embargo, afirma Sartre, aunque el mundo es entendido habitualmente como exterioridad o realidad externa a la conciencia, esta última a y el mundo no se contraponen sino que se dan a la vez y son **copertinentes**, es decir, se pertenecen y se complementan mutuamente y con rigor no se pueden entender como realidades separadas y contrapuestas más que de un modo ingenuo o erróneo, como supuso equivocadamente Husserl.

En su libro *La Trascendencia del Ego*, dice Sartre afirma que, por ejemplo, cuando corro para alcanzar un tranvía, cuando miro la hora, cuando me absorbo en la contemplación de un retrato, no hay yo y mundo, sino sólo conciencia de tranvía que debe ser alcanzado, de la hora que debe ser conocida o del retrato que debe ser contemplado. No se puede, por tanto, hablar de la unidad aparte de la conciencia frente a los objetos del mundo exterior (como creía Husserl), sino que lo que entendemos por unidad de la conciencia no es otra cosa que su actividad intencional (su tender hacia) que se dirige de forma permanente e ininterrumpida al mundo.

La naturaleza del yo es intencional, el yo es una realidad volcada y dirigida hacia lo otro, de lo que, a su vez, recibe la conciencia contenido y significado... El yo, la conciencia, consiste en apertura o intención hacia el objeto, por lo que no existe conciencia al margen de su relación intencional con el objeto al que tiende, y sin el cual no es sino **pura vaciedad y absolutamente nada**. Se trata de una psicología fenomenológica de la estructura intencional de la conciencia, que describe la esencia de la relación entre el sujeto que conoce y el objeto conocido.

Aunque Sartre adoptó de la Fenomenología de Husserl el supuesto teórico de la intencionalidad de la conciencia (*la conciencia es siempre conciencia de algo*, también criticó la idea de conciencia en Husserl. Según Sartre el "yo" no es la conciencia trascendental de Husserl, separada y distinta del mundo (como también pensaron Descartes y Kant), sino la estructura completa de la intencionalidad, es decir **la unidad del inmenso conjunto de intenciones** o tendencias de la conciencia en su fuga permanente e inevitable hacia el mundo... Cuando el hombre reflexiona sobre sí mismo, dirige también la intención de su conciencia al mundo, ya que el cada hombre, el individuo o existencia forma, como tal, parte del mundo y no de la conciencia, la cual no es sino la unidad completa de las intenciones o tendencias (una de las cuales es el propio sujeto). Para Sartre, el "yo pienso de Descartes", en el cual la conciencia se reconoce como existencia, forma parte del mundo.

Además, según Sartre, **hay mundo porque hay hombre** o conciencia del mundo. En sí mismo el mundo carece de sentido, es pura **opacidad**, realidad indescifrable y entidad impenetrable. El hombre descubre, por un lado, el sinsentido y lo absurdo de lo real; por otro, la radical contingencia de la existencia individual y la presencia totalmente casual y fortuita del ser humano como una parte del mundo. El resultado de este descubrimiento doble es la aparición, la invasión del sentimiento de la náusea.

En su novela *La náusea* (1938), cuyo título inicial era *La melancolía*, título basado en el inmortal grabado de Alberto Dürero, el personaje Antoine Roquentin afirma: *Lo esencial es la contingencia. Quiero decir que, por definición, la existencia no es la necesidad. Existir es 'estar ahí', simplemente; los seres aparecen, se dejan encontrar, pero jamás se les puede deducir [...] No hay ningún ser necesario que pueda explicar la existencia: la contingencia no es una imagen falsa, una apariencia que pueda desvanecerse; es lo absoluto y, por consiguiente, la perfecta gratuidad. [...] Todo es gratuito, este parque, esta ciudad, yo mismo. Y cuando uno cae en la cuenta de ello, el estómago da vueltas y todo se pone a flotar. He aquí la náusea.*

Podemos considerar que la novela *La Náusea*, es la primera obra de Sartre que mezcla los planteamientos fenomenológicos y los propiamente existencialistas. En realidad, esta novela de Sartre no fue escrita con una finalidad específicamente literaria, si no que más bien utiliza este género narrativo para exponer sus ideas filosóficas y primeras concepciones existencialistas. En *La Nausea*, Sartre desarrolla sus reflexiones sobre la existencia humana a través de su principal personaje, Antoine Roquentin, protagonista y narrador en primera persona mediante un diario que nos permite conocer las peripecias del personaje y, sobre todo, el pensamiento del autor. Sabemos que Simone de Beauvoir, su compañera, convenció a Sartre de que abandonase una extensa y abstracta meditación sobre la contingencia de la existencia, para crear una novela en la que se tratase el tema de forma literaria.

Es probable que a partir de esta experiencia narrativa, Sartre considerase la posibilidad de hacer de la literatura un medio de expresión para el análisis y la difusión de los más rigurosos conceptos filosóficos. Posibilidad que se hizo realidad plena a lo largo de su obra. La mayor contribución literaria de Sartre fue su trilogía *Los caminos de la libertad*, obra en la intenta una aproximación al existencialismo más práctica y próxima a la vida. Sobresale también su famoso ensayo sobre Gustave Flaubert: *El Idiota de la Familia*, donde Sartre investiga los pormenores del oficio y el arte de escribir.

3. EL PERÍODO EXISTENCIALISTA DE LA FILOSOFÍA DE SARTRE

En su obra *El ser y la nada* (1943) mantiene y continua muchos aspectos de la anterior problemática fenomenológica, como veremos, pero con un nuevo enfoque todavía más marcado hacia los temas y problemas típicamente existenciales.

En esta obra se exponen inicialmente los dos tipos de realidad o ser (de ahí que esta obra sea, como reza su subtítulo, una ontología fenomenológica, es decir, una concepción de la realidad que toma como punto de partida el método fenomenológico): el **ser-para-sí** (*l'être-pour-soi*) y el **ser-en-sí** (*l'être-en-soi*). El primero es el hombre y el segundo es el mundo.

Tal y como había descrito en su novela *La náusea*, el ser-en-sí, la objetividad, el mundo es *opaco y macizo*.

- **El ser-en-sí** (el mundo) es una realidad completa y sin fisuras, es plena facticidad y positividad, no envuelve en sí mismo significado alguno, es un puro vacío de sentido, no manifiesta negación ni contradicción alguna, es identidad permanente y presencia ciega, el ser-en-sí es increado y ajeno a la idea de temporalidad y finitud. Es, por tanto *el ser que es lo que es* y ahí agota su invencible opacidad de muro impenetrable.

- **El ser-para-sí** (el hombre) es la conciencia intencional, ámbito en el que se manifiesta el ser del mundo. Se trata, en primer lugar de una conciencia escindida o separada que conforma la dualidad entre el hombre como subjetividad (conciencia intencional) y objetividad (el hombre como un objeto más del mundo al que dirige la conciencia su reflexión).

La conciencia es distancia, separación o escisión interior respecto: como conciencia intencional en fuga permanente hacia el mundo y conciencia de sí misma (subjetividad, pensamiento, hombre) como objeto más del mundo. Como afirma Sartre, el ser de la conciencia consiste en el desdoblamiento del ser-para-sí en conciencia (intencionalidad) y pensamiento de sí mismo (existencia, hombre).

La conciencia es el lugar donde **el mundo adquiere sentido**. Las ilimitadas formas de intencionalidad, incluida la reflexión sobre el pensamiento, confieren un sentido al mundo y al hombre como parte del mundo que en sí mismos no tienen. Esta transferencia de sentido la realiza la conciencia en todos los casos, incluida la reflexión interior, negando o aniquilando el carácter **opaco e impenetrable del mundo** y posibilitando la aparición de **la nada**. La propia nada penetra en el mundo como una forma de sentido que otorga la conciencia al mundo, el cual es *en sí mismo* ajeno a esta noción. *El hombre es el ser por el que la nada viene al mundo*.

La conciencia es, para Sartre, una **realidad escindida entre intencionalidad y pensamiento**, una estructura abierta, un mero proyecto, indeterminación frente al mundo del cual forma parte... Este es el punto exacto del contacto de la fenomenología con el existencialismo... Para la conciencia el ser-para-sí, el hombre, es existencia individual en el mundo, subjetividad originaria e irreductible frente a la realidad compacta del ser-en-sí. La libertad, dice Sartre, es una fisura en el seno compacto del ser... La libertad no es una categoría moral sino **la estructura constitutiva**, esencial del ser-para-sí.

La conciencia, que forma parte del mundo, siendo esencialmente diferente de él, no tiene los atributos compactos y necesarios del mundo y por lo tanto es absolutamente libre. Las cosas son lo que son, facticidad sin fisuras; la conciencia, por el contrario, no es nada, está vacía de ser pleno, es posibilidad, es **libertad y proyecto** (deseo, elección, expectativas, decisiones).

Mediante su libertad de proyectar, la conciencia ve las cosas el mundo como realidades incompletas, contingentes y efímeras, es decir, **penetradas o atravesadas por la nada**, esa nada que surge de las posibilidades ilimitadas que aun no se han realizado. La nada no es una propiedad del ser-en-sí, que es pleno y sin fisuras, sino el resultado de la intención o fuga permanente de la conciencia hacia el ser o las cosas del mundo. Es, por tanto, **la conciencia del hombre la que introduce la nada en el ser**. La conciencia es nada, es decir, libertad y proyecto que hace al hombre estar condenado a existir más allá de toda realidad absoluta (Dios) o plena (el mundo). Cualquier proyecto elegido por el hombre está necesariamente desprovisto de garantías y es modificable en todo momento: en este vagar permanente de la conciencia finita y cambiante se funda el proceso de “nadificación” de la conciencia y la angustia entendida como el único modo de existir del hombre.

El hombre está obligado a hacerse, no tiene alternativa, está *condenado a ser libre*. El ser constitutivo del hombre es ese *hacerse a sí mismo*. Por ello nadie llega a ser *nada* que no haya elegido ser. No valen las excusas, recurrir a ellas es lo que Sartre, en esta obra, llama “**mala fe**” (*mauvaise foi*), que consiste en presentar lo ocurrido como inevitable y necesario. Es el refugio ético en los distintos determinismos (psicológico, sociológico, teológico, fisiológico...). En realidad, siempre queda una opción, aunque no sea más que el suicidio.

Sin embargo, **la libertad absoluta del hombre** se hace presente en un cuerpo y se manifiesta en el mundo de los objetos, sometidos a la rígida determinación causal... Mi biografía, mi pasado, mi dotación genética, mi entorno social parecen pesar decisivamente en la determinación de mis decisiones. Sartre, a pesar de todos estos datos y condicionantes, piensa que *nada* de todo esto puede ser causa de lo que yo decida y haga actualmente o en el futuro. El otorgamiento de sentido que la conciencia traslada a los hechos del mundo (biográficos, genéticos, fisiológicos, psicológicos, sociales, históricos...), es **prioritario absolutamente** sobre la influencia causal de estos hechos (en realidad marginal para Sartre) en las decisiones de la vida humana. Por ejemplo, es posible que, desde un punto de vista psicológico, el sujeto actúe siempre movido por el motivo más fuerte, pero los motivos son más fuertes en cuanto que yo los hago más fuertes previamente mediante una transferencia u otorgamiento intencional de sentido.

A causa de su **libertad constitutiva**, el hombre se da a sí mismo su proyecto y puede elegir otro alternativo cuando quiera. Ahora bien, el mundo, el ser-en-sí de las cosas externas, carece de sentido y, por tanto de valores, las cosas son gratuitas y absurdas, por lo que el hombre no puede elegir tomando como referencia una escala de valores previa, objetiva o

"natural", que está ahí dada o presente. El mundo es pura facticidad y el hombre es *el ser por el cual existen todos los valores*.

La **elección** no sólo es inevitable sino también **arbitraria** porque todos los valores tienen el mismo valor moral (otra cosa, por ejemplo, es que todos tengan la misma eficacia o funcionalidad social). En sí mismo, *el hombre es una pasión inútil*; asimismo, la experiencia metafísica de esta libertad basada en el sinsentido, en la nada, es **la angustia**.

Ahora bien, el hombre no se reconoce a sí mismo como libre si no es a través de los demás, del otro. La libertad es siempre entendida por el hombre como confrontación de libertades o conciencias. La libertad del otro se manifiesta como presencia y otorgamiento de sentido al mundo frente a nuestra conciencia. La libertad del otro debilita, oculta y finalmente suprime mi propia libertad de otorgar **sentido propio al mundo**. Es como si, dice Sartre, *el mundo tuviese una suerte de rejilla de desagüe en medio de su ser y esa rejilla es el otro*.

En su relación con los otros, el hombre busca siempre **imponer su deseo y su proyecto**. Por ello las relaciones humanas son **siempre conflictivas** y condenadas al fracaso, tanto las de amor como las de odio. Amar es intentar dominar la voluntad del otro. Odar es reconocer la libertad del otro como opuesta a la propia y tratar de anularla. El amor conduce al fracaso, porque sólo se logra la posesión del otro siendo uno a su vez poseído por él. Y el odio también conduce al fracaso, porque se expresa en forma extrema, el homicidio, degrada al homicida a asesino. No podemos vivir sin relaciones humanas y no podemos evitar que éstas sean conflictivas y ambivalentes.

El enfrentamiento de las conciencias por imponer su libertad al otro es la esencia de las relaciones interpersonales. *El conflicto constituye el sentido originario del ser para otros.*

Desde esta perspectiva no debe extrañarnos que Sartre termine su obra de teatro *A puerta cerrada* afirmando que *el infierno son los otros*.

En su obra, escrita a partir de una conferencia de 1946, *El existencialismo es un humanismo*, resume o sintetiza muchas de las ideas expresadas en *El ser y la nada*, pero desde una perspectiva menos radical y pesimista para la existencia humana.

Sartre toma como punto de partida la aceptación del ateísmo, la posición teológica que consiste en creer simplemente o en demostrar racionalmente que Dios no existe. En el primer caso, se trata de un ateísmo práctico, el cual se sitúa al margen de la existencia de Dios, sin plantearse teóricamente el problema de su existencia. En el segundo caso, se intenta racionalizar el sinsentido o absurdo de aceptar la existencia de Dios. Como el propio Sartre, muchos de los grandes filósofos han sido racionalmente ateos, como **Marx** (1818-1883), **Nietzsche** (1844-1900), **Freud** (1856-1939) o **Sartre** (1905-1980).

Es correcto afirmar que el desarrollo de la filosofía e ideología existencialista, como el propio autor propone, *no es más que un esfuerzo por sacar todas las consecuencias de una posición atea coherente*. Tales supuestos estaban ya presentes en su novela *La náusea*.

La primera consecuencia de la negación de la existencia de Dios es la eliminación de todo **naturalismo** antropológico (existe una naturaleza o con-

dición humana universal) y también de cualquier forma de **esencialismo ético** (existen principios morales inmutables y permanentes).

Si Dios existe, al menos hay un ser cuya **existencia precede a la esencia**, un ser que existe antes de poder ser definido, por ningún concepto, y este ser es el hombre. *No hay naturaleza humana porque no hay Dios que la conciba*. Hay que recordar, tal y como hemos estudiado en las unidades anteriores, que para la filosofía griega, la teología cristiana medieval, la antropología renacentista o la concepción racionalista o empirista del hombre... hay una naturaleza o condición humana **verdadera y única**. Estas concepciones filosóficas proponían y fundamentaban, en función de su particular visión de la naturaleza humana, los fines y tendencias, los deseos y aspiraciones, los derechos y deberes, los valores y normas sobre lo justo o injusto que tenían que orientar la conducta humana. Esa supuesta naturaleza humana era el marco de referencia para todas las dimensiones prácticas de la razón y la vida.

Ahora bien, para el existencialismo, una adecuada comprensión del hombre y del mundo exige descartar las explicaciones basadas en las esencias generales, y centrarse en las **existencias concretas**. La categoría de existencia es la única que permite realizar un análisis certero sobre el hombre y el mundo: la existencia precede a la esencia.

*El existencialismo ateo que yo represento es más coherente. Declara que si Dios no existe, **hay un ser en el que la existencia precede a la esencia**, un ser que existe antes de poder ser definido por ningún concepto y que este ser es el ser humano o como dice Heidegger, la realidad humana. ¿Qué significa aquí que la existencia precede a la esencia? Significa que el ser humano empieza por existir, se encuentra, surge en el mundo, y que después se define. El ser humano, tal y como lo concibe el existencialista, si no es definible, es porque empieza por no ser nada. Sólo será después y será tal y como se haya hecho. Así pues, no hay naturaleza (esencia) humana porque no hay dios para concebirla.*

Según Sartre, el hombre es constitutivamente un ser libre. La conocida frase *la existencia precede a la esencia* significa que no hay ningún elemento identificador, ninguna propiedad definitoria que nos permita comprender qué es la naturaleza humana.

La antropología filosófica se enfrenta sin solución posible con la realidad original (cada hombre es diferente) e irreductible (no se puede explicar mediante otra instancia o realidad superior) de la existencia. El hombre es meramente *un proyecto* subjetivo abierto, una existencia por hacer, sin que podamos avanzar un paso más en los atributos o naturaleza del hombre. El yo, la subjetividad absoluta es anterior a cualquier consideración antropológica (¿Qué es el hombre?) o ética (¿Qué debo hacer?). Esas consideraciones sobre el hombre o la moralidad son posteriores a la existencia y forman parte de un proyecto existencial (individual) inevitablemente en curso.

La existencia del hombre es pura indeterminación, *nadificación*, sin nada que le oriente previamente o con anterioridad a su existencia. Se trata de una libertad puramente formal o abierta a cualquier contenido, en ningún caso determinada por valores, fines o intenciones previas; es una libertad en la que todo cabe como proyecto ético irrenunciable: *estamos condena-*

dos a ser libres. No podemos no elegir nuestro proyecto. Aunque decidamos que otros, las normas sociales, los sabios, los preceptos religiosos, elijan por nosotros, estamos ya eligiendo un modo o proyecto de existencia.

Ese elegir ilusorio el no ser nosotros mismos es lo que Sartre llama la *mala fe*. La mala fe consiste en el vano intento de eludir la angustia de decidir por nosotros mismos, lo cual tenemos que hacer en cualquier caso. Lo contrario de la *mala fe* como proyecto inicial, es la *autenticidad* que consiste simplemente en asumir como autoconciencia la carga insoslayable de nuestra libertad.

A partir de la condena original que supone la libertad vacía, sin referencia ontológica (el mundo como tal es facticidad y opacidad impenetrable), ideológica (incluida la idea de Dios) o axiológica (valores éticos), la existencia, una formalidad vacía, intenta construir su esencia como proyecto individual sin que en ningún caso podamos renunciar a ese quehacer anonadante y angustioso que es crear y asumir nuestros valores y normas morales. Para Sartre, el hombre carece de una esencia previa que determine o condicione a priori o de antemano su existencia.

El hombre primero existe, se encuentra, surge en el mundo y después se define. El hombre, tal como lo concibe el existencialismo, si no es definible, es que no es nada. Sólo será después y será lo que se haya hecho a sí mismo.

Lo característico de la existencia humana es la ausencia de una naturaleza o condición propia que le condicione sus valores éticos, que le asigne un modelo preestablecido de conducta o le provea de una finalidad o un quehacer específico. *El hombre es lo que quiere ser, el hombre es lo que se hace. Este es el primer principio del existencialismo.*

El hombre está condenado a ser libre sin descanso. De esta libertad constitutiva se derivan varias consecuencias antropológicas, por ejemplo la autoconciencia y la responsabilidad ante el modo propio de existir que el sujeto va adquiriendo a lo largo de su vida.

La libertad pura y dura resulta una penosa carga para el sujeto debido a que hay que saber en todo momento qué hacer con ella. El existir consciente y responsable, al carecer de referencias previas en las que anclar sus reflexiones y decisiones únicas, genera inseguridad, indecisión, miedo y, finalmente, angustia ante la vida o angustia vital.

Puede suceder que ante **la inseguridad, indecisión, miedo y angustia** que produce la pura libertad personal e intransferible de elegir, el sujeto busque refugio en el intento ilusorio de **engañarse a sí mismo** eludiendo la libertad constitutiva y descargando la responsabilidad sobre algo ajeno, ya sea Dios, las normas sociales de la cultura en que actúa o los principios y normas morales de algún código externo. A esta deserción de la libertad existencial Sartre la denomina **mala fe**. La mala fe consiste en intentar evadirnos del ejercicio de nuestra libertad o pretender evitarla mediante condicionamientos ficticios o determinismos naturalistas (“el hombre es así”) o esencialistas “hay normas de conducta universales y necesarias”). La mala fe es una **farsa existencial** con la que pretendemos justificar nuestra renuncia, por lo demás imposible, a la libertad individual. Una ficción antropológica y moral mediante la cual rechazamos asumir nuestro proyecto vital.

El destino del hombre es, en todo caso, crearse a sí mismo a cada instante, elegir sus propios valores, y realizarse o hacerse (para bien o para mal) al hilo de la existencia. Su existencia individual debe entenderse como pura casualidad, indeterminación absoluta, proyecto siempre abierto y renovado cada día. En esto consiste la **autenticidad** de la existencia o la buena fe.

Un existencia auténtica sostiene su relación con el mundo en la aceptación de su libertad irrenunciable, de una libertad constantemente renovada en sus decisiones individuales, únicas e intransferibles... No se trata tampoco de “ser uno mismo”, de “ser lo que realmente soy”, porque esta pretensión recae nuevamente en la mala fe, en la **cosificación del yo** que se entiende esta vez como idéntico a sí mismo de acuerdo con una esencia personal inatrapable e imaginaria... Esta figura de la conciencia es, en el fondo, una forma artificiosa o sofisticada de esencialismo, una huida astuta pero fallida de la angustia vital. La autenticidad no dispone de otro itinerario que no sea aceptar la angustia que produce inevitablemente la autoconciencia y la responsabilidad de ser libres sin condiciones ni subterfugios.

4. EL PERÍODO MARXISTA DE LA FILOSOFÍA DE SARTRE

A partir de 1949, Sartre intenta **revisar el pensamiento marxista enriqueciéndolo con su filosofía existencialista**, comenzando la tercera etapa de su producción.

En la *Crítica de la razón dialéctica* (1960), representa un gran esfuerzo para alcanzar **la síntesis de estas dos concepciones**.

En la última etapa de su pensamiento hay un intento por establecer las bases de una **antropología materialista**, tomando como dirección al pensamiento marxista. En este período, su obra más importante será la titulada *Crítica de la Razón Dialéctica* (1960).

Sartre era consciente de que el existencialismo se sitúa en una perspectiva **individualista y subjetiva**, incapaz de abordar el significado teórico y práctico de **la dimensión social e histórica del ser humano**.

Es evidente que esta dimensión social e histórica estuvo presente de forma amplia en su obra literaria, sobre todo en la trilogía titulada *Los caminos de la libertad* que comprende *La edad de la razón* (1945), *El aplazamiento* (1945) y *La muerte en el alma* (1949) que, en conjunto, forman un deslumbrante fresco de Francia antes, durante y después de la II Guerra Mundial.

La *Crítica de la razón dialéctica* supone, desde un punto de vista ideológico, **la inversión radical de los planteamientos** de *El ser y la nada* sobre la **intersubjetividad** o los otros.

Frente al **conflicto** como rasgo permanente de la relación interpersonal, lo que Sartre propone ahora es **el compromiso con el otro y con la humanidad**. Este compromiso absoluto con el otro constituye el punto de contacto directo entre el existencialismo y el marxismo. Es conocida la afirmación del filósofo francés cuando fue detenido a la entrada del metro de París mientras distribuía el periódico comunista *La causa del pueblo: una mirada comprometida al mundo nos hace ver sin ninguna duda que la única filosofía posible es el marxismo*.

Para Sartre, por tanto, **El marxismo es la auténtica filosofía contemporánea**, el único saber teórico-práctico capaz de estar a la altura de las exigencias morales y políticas del tiempo presente. En cualquier época histórica coexisten diferentes escuelas o corrientes filosóficas, pero, en la visión de Sartre, la única que refleja, comprende y cambia el mundo actual es el marxismo. Si esto fuera cierto, supondría, desde la propia perspectiva del marxismo, que las demás concepciones filosóficas, **incluido los existencialismos** en sus diferentes versiones, **son ideologías o concepciones deformadas y falsas de la realidad**. Sartre reconoce que su propia interpretación del existencialismo, en su versión más pura y dura, funciona en la sociedad actual como una ideología, *una ideología parasitaria al margen aunque no contra el marxismo*.

Sin embargo, piensa el filósofo francés, el marxismo se ha convertido en una teoría de la historia economicista y dogmática, paralizada o **esclerotizada** por la doctrina oficial, las exigencias políticas y la repetición acrítica de los clásicos. El marxismo debe ser completado con una concepción crítica del hombre, con una antropología que le permita **perfeccionar su desarrollo teórico-práctico**. Esta concepción del hombre que permita al marxismo completar su evolución no es otra que el existencialismo.

Es preciso entender este giro de Sartre hacia el marxismo no **como una negación y abandono radical de las tesis mantenidas anteriormente**, sino como una nueva síntesis y una superación del existencialismo con la pretensión de completar la carencia a la que hacíamos antes referencia.

La pretensión teórica de Sartre en esta obra es, por tanto, doble:

➔ Completar las carencias humanísticas del marxismo desde una antropología existencialista.

➔ Completar las carencias sociales e históricas del existencialismo desde la filosofía social y política del marxismo. De ahí el título de la obra.

Frente a la teoría del conflicto interpersonal de su anterior perspectiva existencialista, ahora se trata de fundamentar la reconciliación y el reconocimiento no antagónico del otro.

El propósito de la *Crítica de la razón dialéctica*, como reza su título, es **fundamentar, al estilo de Kant**, la única forma de racionalidad teórico-práctica que corresponde y está a la altura de los tiempos actuales: el pensamiento marxista. Una racionalidad que sea capaz, por consiguiente, no solo de **interpretar correctamente el mundo, sino de transformarlo a la medida de ese hombre nuevo que anuncia el marxismo** y que nunca llegó a precisar en sus planteamientos filosóficos con suficiente rigor conceptual.

La **revisión crítica del materialismo histórico** hecha por Sartre se basa en la construcción de una nueva antropología materialista desde los supuestos del materialismo histórico que profundice en la auténtica estructura de la existencia humana que no es otra que **la noción de libertad y sus diferentes problemas antropológicos y enfoques filosóficos**.

El marxismo debe renunciar a los dogmas deterministas relativos a la visión dialéctica de la naturaleza (materialismo dialéctico), a la sucesión predeterminada de los modos de producción o leyes de la historia o a los automatismos simplistas de la praxis revolucionaria. El nuevo camino del marxismo debe consistir en una reconquista del humanismo marxista desde una nueva concepción del hombre basada en los principios científicos del materialismo histórico y en la idea de libertad propuesta por el existencialismo.